

En resumen, si á la bella literatura y á las demás bellas artes se las deja precipitar por la pendiente del naturalismo, el arte vendrá á ser, cuando mucho, el arte de la vulgaridad: la pintura se reducirá á la fotografía; la ópera á la zarzuela; el drama á una conversación; la poesía lírica á epístolas graciosas ó jocosas; la novela á fastidiosas descripciones de lo que ocurre diariamente en cualquiera casa.

Por nuestra parte y según todo lo que hemos manifestado, sólo admitimos el realismo en los límites del arte y el idealismo fundado en hechos reales ó convencionales.

Tal es la forma de nuestro sistema.

## CAPITULO II.

*Novelistas mexicanos, ó que figuraron en México durante la época colonial, especialmente Fernández y Lizardi.*

Don Tadeo Ortiz, en su obra intitulada *México considerado como nación independiente*, y Don Ignacio M. Altamirano, en sus *Revistas literarias* citan á Don Joaquín Fernández y Lizardi, que floreció á fines del Siglo XVIII y principios del XIX, como el primer novelista mexicano.

Sin embargo, Beristáin en su *Biblioteca* consigna noticias de otros novelistas mexicanos ó que figuraron en México, no sólo del Siglo XVIII, sino aun del XVII, noticias que vamos á reproducir ya en extracto, ya literalmente.

Francisco Bramón, natural de Nueva España, bachiller y cancelario de la Universidad de México, escribió *Los Sirgueros de la Virgen sin pecado original* (México, 1620).

Beristáin da la noticia que sigue sobre la obra de Bramón: «Fué dedicada al Obispo de Michoacán Don Fr. Baltazar de Covarrubias, y es una fábula pastoril, parecida á Galatea de Cervantes. Y por ser ya poco conocida la palabra *sirgueros* decía que significaba *cantos*, de la voz griega *sir*; y esta es la etimología de la voz vulgar gilguero ó xilguero.»

Repetimos nosotros lo que observamos en los *aumentos* á la parte primera de esta obra.

Puesto que la composición de Bramón está formada con *cantos*, debía considerarse como poesía lírica; pero atendiendo á que «es una fábula pastoril parecida á la Galatea de Cervantes,» más bien merece calificarse de novela pastoril, siendo éste el género á que pertenece la Galatea.

Sin embargo, dejamos el punto como dudoso, mientras

sea posible ver un ejemplar de los *Sirgueros*, cosa que no hemos conseguido hasta ahora.

Se registran, además, los siguientes escritores:

Juan Piña Izquierdo, natural de Buendía, en Castilla, ejerció en Madrid el oficio de notario de la Inquisición y habiendo pasado á Nueva España se avercó en Puebla, donde fué notario apostólico y escribano real. Dió á luz varias obras en prosa, entre ellas sus *Novelas morales* (Madrid 1824).

José González Sánchez, presbítero mexicano, alumno de la Congregación de San Pedro y administrador del Hospital de sacerdotes de México. Dejó manuscrita una novela intitulada *Fabiano y Aurelia*, cuyo autógrafo mismo hemos leído, fechado en México á 20 de Septiembre de 1760, y que perteneció al bibliófilo mexicano Andrade, muerto hace poco tiempo.

Esa novela carece de mérito. Comienza por una dedicatoria al Dr. Pérez Cancio; sigue la introducción, pegoño cuento, sin atractivo alguno, de amores poco decentes; viene después la novela cuyo argumento es una empalagosa relación de amores *lucianos*, sin gracia, sin interés y sin importancia alguna, bajo la forma de un lenguaje rebuscado, altisonante, obscuro y pedantesco.

Sírvanos de muestra el siguiente retrato de la protagonista: «Tenía el cuerpo de competente estatura, y tan blanca la color que atendiendo á las propiedades y reflejando en la esencia, podía dudarse alabastro vestido, ó pedazo de nieve con alma. Sus cabellos dorados, con lazos, en que desde luego hubiera quedado preso el poderoso Neptuno si no hubiera visto primero los de la cruel Medusa. Sus ojos eran modestamente alegres más vivos que los ciento de Argos, porque éstos con ningún engaño pudieron descuidarse y aquellos con la flauta de Mercurio llegaron á dormirse. Las mejillas vistoso enjambre de colores, y de éstas agraciada y suspensa contienda, porque aunque se alterase encendida, la otra se detenía desmayada. La boca dividido clavel ó boca concha que abrigaba en su rosado seno iguales y menudas perlas. Los brazos bulliciosos cristales, en cuya transparente armonía se dejaban ver las delicadas venas: y como éstas se situaban estiradas se engañaba la vista pensando que eran escamas.....»

«nutridas en los suspensos acuos. Las manos escápolos de nieve, torneadas á sonrojo del arte, dignas por ésto de aquella generosa alabanza con que el poeta griego encareció la perfección de Aurora. Ceñía la admiración su cintura y fatigaba la brevedad de su pie. Toda era un asombro y la hacía más peregrina su genio ó su ingenio, pareciéndose en lo primero á la dócil Diana hija de su hermano, y en lo segundo á la divina Palas, nacida de la cabeza de Júpiter. Parecía, en fin, que excediendo á aquella diosa que produjo al poderoso Vulcano, había obligado más que ésta á los dioses para que la adornaran con tan divinos dones.»

Fácilmente reconocerá el lector en el anterior trozo la escuela gongorista de que tanto hemos hablado en la primera parte de esta obra; y basta lo dicho para comprender que la obra de Sánchez no merece el título de novela moral que le dá equivocadamente Beristáin en su *Biblioteca*; el autor mismo, en la portada, la califica simplemente de novela entretenida; pero ni aun ésto tiene.

Jacobo Villaurrutia nació en la Isla Española, pero comenzó sus estudios en México donde fué Oidor, donde escribió ó tradujo algunas obras y donde fundó el *Diario*, periódico en el cual se publicaban trabajos literarios en prosa y verso, contribuyendo á formar el gusto y estimulando al cultivo de las bellas letras.

Villaurrutia tradujo una novela moral, publicada en 4 tomos (Alcalá 1752) con el título de *Memorias para la historia de la Virtud*.

Al frente de su periódico hay noticias más completas sobre Villaurrutia

Joaquín Fernández Lizardi llamado el *Pensador mexicano*. Este es el novelista mexicano de más nombre, el más conocido, el más popular hasta hoy. Ya hemos hablado de sus hechos políticos en otra obra, ahora vamos á examinar sus novelas.

La más notable, la mejor, la más leída es la intitulada *Periquillo Sarniento*.

Pocas personas hay en México que no conozcan este libro del cual se han hecho varias ediciones, conservándose rasgos y nombres suyos como refranes, ó sentencias ó apodos, según sucedió en España con el Quijote y el Gil Blas.

El argumento de Periquillo es original de Fernández Li-

zardi, una descripción exacta y completa de las costumbres mexicanas á fines del Siglo XVIII y principios del XIX.

Periquillo todo lo conoce, todo lo observa y todo lo comenta; las iglesias y los claustros, los tribunales y las cárceles; las casas de beneficencia lo mismo que las de prostitución; las habitaciones de los ricos, de la clase media y de los pobres; las ciudades, las aldeas, las haciendas y los caminos reales.

La forma es la misma que tienen las novelas españolas llamadas *picarescas*; una sucesión de aventuras del protagonista, presentadas en una serie de cuadros diversos. Véase lo que sobre la novela *picaresca* hemos dicho antes en el capítulo anterior.

El Periquillo dió lugar á polémicas acaloradas, atacándolo unos y defendiéndole otros, siendo el autor mismo uno de los defensores.

Esa polémica es indicio seguro de la importancia de la obra; lo que carece de mérito no se discute, sino se desprecia. Por nuestra parte, vamos á presentar el juicio que hemos formado del Periquillo, con la posible concisión, dando después las pruebas de nuestro dictamen.

El Periquillo es una novela realista no sólo de hecho, sino según las intenciones del autor, como consta en los pasajes que después copiaremos. El realismo de Periquillo degenera á veces en lo sucio y repugnante, lo mismo que se vé en novelas picarescas que sirvieran de modelo á Fernández Lizardi, y aun en algunos pasajes del Quijote.

El novelista mexicano halla su disculpa en la costumbre dominante en su tiempo; más pudo haberse inspirado en Gil Blas de Santillana, cuyo realismo no está adulterado con los defectos dichos; pero Gil Blas era entonces la excepción de la regla, y aun así tiene lo que hemos dicho ya en el capítulo anterior.

El lenguaje del Periquillo es frecuentemente incorrecto, y ésto es una de las circunstancias contradictorias entre los que han examinado la obra que nos ocupa, atacando unos á Fernández y Lizardi y otros defendiéndole.

Nosotros creemos que ambos partidos tienen razón, en los términos que vamos á explicar.

Cuando el autor de la novela supone que habla un hombre fiel al pueblo ignorante, natural es que use del lenguaje

propio de esa clase de personas para caracterizarlas bien, y de ello nos dá ejemplo Sancho Panza, á quien frecuentemente corrije D. Quijote los disparates que dice.

Otros muchos casos iguales pudieran citarse de novelas antiguas y modernas, v. g. cuando en la *Juana de Jorge Sand*, hablen algunos personajes en la gerigonza bretona, cuando en los *Misterios de París* acostumbran ciertos bandidos el dialecto de las cárceles, dialecto que en castellano se llama *germanía*. Y Zirenzuela en sus *Cuentos* habla como los cortesanos y los plebeyos de Herencia.

Empero, la buena crítica no puede disculpar las incorrecciones léxicas y gramaticales que se hallan en Periquillo, cuando habla el autor mismo, ó alguna persona bien educada, de lo cual presentaremos ejemplos adelante.

El defecto capital del Periquillo consiste en que su autor confunde frecuentemente la ética con la estética, el género novelesco con el didáctico; en lugar de dar reglas de moral por medio de la acción, como corresponde á la novela, Fernández Lizardi se distrae en disertaciones y pláticas interminables, verdaderamente fastidiosas, como que están fuera de su lugar, como que no corresponden á una obra cuya base esencial debe ser el entretenimiento.

Con este motivo en uno de los párrafos siguientes compararemos el Periquillo con el Gil Blas, donde casi todo se enseña por medio de una acción animada, de individuos ficticios, por comparación de la vida real.

Anteriormente hemos disculpado á Fernández Lizardi respecto á los casos en que su realismo degenera con la costumbre literaria dominante entonces; pero no podemos hacer lo mismo en cuanto al abuso de sermones, abuso que no se encuentra ni aun en los personajes eclesiásticos del Quijote, y ni aun en las novelas picarescas ó en uno y en otro, así como en el Gil Blas, las pláticas son raras, alguna excepción que puede permitirse.

Fernández Lizardi mismo censuró el defecto principal de su obra, cuando en su *Don Catrín de la Eschandra* capº 1º dijo:—«No se gloriará en lo de adelante mi compañero Periquillo Sarmiento de que su obra encontró tan buena acogida, porque la mía, descargada de episodios *inoportunos*, de digresiones *fastidiosas*, de moralidades cansadas, y re-

«Jucida á contar lo sucedido, se hará más apreciable y más legible.»

Aun en el *Periquillo* mismo, Fernández Lizardi se disculpa varias veces de sus digresiones como en su parte primera, Cap. 59.

Sin embargo de los tres defectos que hemos notado en la novela que nos ocupa, El *Periquillo* es una obra de mérito, atendiendo á cualidades substanciales y formales que la adornan y que vamos á manifestar.

El estilo del *Periquillo* es natural y claro; nada del gongorismo que hemos observado al hablar de González Sánchez. (Ese estilo sube ó baja de bonos, convenientemente, según la clase de persona que figura.)

No se usan en el *Periquillo* descripciones largas y pesadas, detalles minios como en la literatura latina de la decadencia, como en algunas novelas de Víctor Hugo y sus ciegos imitadores, como entre los escritores modernos que se titulan naturalistas, de los cuales hemos hablado en el capítulo anterior.

Frecuentemente Fernández Lizardi tiene gracia, donaire, chiste para censurar ó satirizar.

Cuando Fernández Lizardi habla por boca de un hombre del pueblo, mal educado, usa propiamente lo que podemos llamar *dialecto mexicano*, es decir, el idioma español alterado con nuestros provincialismos, palabras indígenas, peculiares giros de sintaxis y alteraciones prosódicas.

Por ejemplo: en México se dice *caravana* (provincialismo), en lugar de *cortesia*, *saludo*; *pillmana* (voz azteca), por *niñera*; *ojalá* y (diferencia de régimen), en vez de *ojalá que*; *plás* alteración prosódica de *pa-lá*.

Bajo este concepto, es decir, para estudiar los cambios del castellano en México, tenemos algo en los *Autos de Esclava*, siglo XVI; pero más extensamente en el *Periquillo*, siglo XVIII.

Se encuentran en la novela que examinamos algunas escenas vivas, animadas, algunos cuadros suficientemente coloridos, así como varios caracteres bien diseñados, no sólo el del protagonista, sino el de sus padres, el de Januario y otros personajes secundarios.

Las costumbres de la Nueva España se hayan tan fielmente descritas, que el *Periquillo* puede servir, en mi con-

cepto, como una verdadera historia para estudiar la época colonial como se estudia la Edad Media leyendo á Walter Scott.

En las disertaciones y pláticas del *Periquillo* se peca contra la forma propia de la novela, según lo hemos explicado; pero en lo substancial debe considerarse la obra de Fernández Lizardi como filosófica, como moral, pues se remontó á corregir todo lo que el autor encontraba vicioso en religión, política, administración, economía civil, leyes, educación pública y privada, etc., mostrándose á veces el *Pensador Mexicano* adelantado á su época, presentando un ejemplo raro de valor en época de represión civil y eclesiástica; Fernández Lizardi tiene la gloria de que al último tomo del *Periquillo* le negase la licencia de imprimirse el Virrey Apodaca.

Otra circunstancia digna de elogio en esa novela es la de que sus censuras no sólo son completas, sino imparciales, como se observa especialmente en el hecho de que Fernández Lizardi no ataca únicamente á las clases privilegiadas, según lo hacen los socialistas modernos, como lo hace entre nosotros Díaz Covarrubias, sino que señala el vicio y la degradación donde principalmente se hayan radicados, en la clase baja; el pobre no es más vicioso que el rico por su inferior categoría, sino porque á veces no haya modo de cubrir sus necesidades y, sobre todo, por su falta de educación.

Esto lo comprendió y expresó bien Fernández Lizardi; no es, pues, demamogo ni comunista, sino filósofo ecléctico.

Vamos á comprobar todo lo dicho en pro y en contra del *Periquillo*, analizando la primera parte, con lo cual basta, pues el resto es substancialmente lo mismo en la idea y en la forma.

En el capítulo I explica *Periquillo* el motivo que tiene para escribir su historia, y da cuenta de sus padres, patria, nacimiento y demás circunstancias de su infancia.

Por los primeros párrafos del *Periquillo* se ve la intención moral del autor, el estilo que piensa usar y el sistema literario que adopta; contar su vida con el objeto de que sirva á sus hijos de lección personal, á fin de que sepan practicar la virtud y huir el vicio, «*escurmentando por cabeza ajena*»; evitará la monotonía fastidiosa del estilo «*mantenién-*

dose unas veces tan serio y sentencioso como Catón, y otras tan trivial y bufón como Bertoldo;» lo que va á escribir son «*los nada raros sucesos de su vida,*» es decir, nada ideal, nada extraordinario, sino acontecimientos reales y comunes.

Como ejemplo del estilo familiar que se encuentra en Periquillo, copiamos el siguiente párrafo, donde Fernández Lizardi aconseja que las madres crien á sus hijos, como lo había aconsejado Rousseau en Francia y antes Faurillo en Italia al escribir su *Balia*.

«¡Ay, hijos! Si os casáreis algún día yuviéreis sucesión, «no la encomendéis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen «los niños; pues como no los aman y sólo los alimentan por «su mercenario interés, no se guardan de hacer cóleras, de «comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente «las de las criaturas que se les confían, ni de cometer otros «excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra «modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á «la naturaleza, que una madre racional haga lo que no hace «una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente criminal y destituida de razón.»

Las palabras *perra, gata, burra, etc.*, no son dignas de censura. Al hablar de los poetas (cap. 16) hemos explicado que aun en poesía pueden usarse palabras comunes; con más razón deben admitirse en una novela realista, escrita en prosa.

Cervantes en *El Quijote*, cuando escribe la palabra *cerdo*, añade graciosamente—«que sin perdón así se llama»—aludiendo á la costumbre de pedir perdón cuando se usa alguna voz que parece sucia ó grosera.

Lo que sí debió haber omitido Fernández Lizardi, sin perjuicio de la obra y en obsequio del buen gusto, es la palabra asquerosa *curtiente*, que usa después del párrafo antes copiado; bien pudo haber dicho «descompuesto del estómago,» ú otra frase semejante que no causara asco.

Por regla general el escritor debe cuidar que sus palabras no produzcan sensaciones desagradables, defecto digno de condenarse aun en Cervantes ó en algún otro, porque el uso no está sobre la razón.

Así pues, cuando Fernández Lizardi se defendió con el

ejemplo de Cervantes, debe admitirse la base de su defensa como disculpa, como circunstancia atenuante, pero no como una prueba concluyente que debe traer en consecuencia la absolución.

En Gil Blas no se encuentra el defecto que ahora censuramos y esta diferencia entre Gil Blas y Periquillo, que otros que ya hemos indicado ó indicaremos señalan, demuestra no ser exacto, como algunos suponen, que Fernández Lizardi imitó especialmente la obra de Lesage.

Periquillo se aprovecha de los acontecimientos que refiere en el capítulo primero, para ir acomodando los consejos que se propone dar á sus hijos, ó las sátiras que quiere lanzar contra ciertos usos, v. g., las prácticas de algunas comadronas cuando nace un niño, los inconvenientes de las nodrizas, según indicamos antes, etc.

Especialmente se fija Periquillo (cap. I) en la utilidad de enseñar al hombre la práctica del bien desde que tiene uso de razón, recomendando á ese propósito una comparación de Horacio: «*La vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*»

Esta clase de citas son comunes en Periquillo y á veces con exceso, sobre todo si se atiende al carácter de la obra.

En el capítulo segundo el protagonista da razón de su entrada á la escuela, de los progresos que en ella hizo y otras particularidades.

Este capítulo es de oportunidad porque señala la diferencia que existe entre el género didáctico y el novelesco, entre Periquillo y Gil Blas.

Fernández Lizardi manifiesta los perniciosos efectos de educar á los niños con demasiado mimo ó demasiada severidad, valiéndose de pláticas fastidiosas, apoyadas en máximas de Platón. Lesage llega al mismo resultado, refiriéndose sencilla y agradablemente la vida de dos individuos que igualmente penaron en los dramas de camino real, uno criado á palos y otro entre encajes.

El primer sistema literario produce generalidades frías y vagas, el segundo personificaciones animadas y vivas.

En el mismo capítulo segundo, hablando Periquillo de su primer maestro, pinta propiamente por medio de la acción minuciosa la ignorancia de algunos preceptores de aquella época, que no sabían ni ortografía; pero mezcla á esto mis-

mo sus disertaciones, pues á propósito de ortografía da lecciones de lectura y pronunciación, y aun corrije los letreros que se hallan en las calles.

El retrato del segundo maestro que hace nuestro héroe y su parangón con el primero nos parece bien; y por lo tanto vamos á copiar los párrafos correspondientes, como buen ejemplo, del Periquillo:

«Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso ó hipocondriaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las des-  
«truía su genio tétrico y duro.

«Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo, donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era únicamente compasivo y condescendiente, y el segundo era únicamente severo y escrupuloso. El uno nos consentía mucho, y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquel nos acariciaba sin recato, y éste nos martirizaba sin caridad.

«Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había des-  
«terrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leía toda la gravedad de un Areopagita. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel vulgar axioma de que «la letra con sangre entra, y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitorios estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo, que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

«Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, este lo era menos por tirano; si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarín de obrajes.»

El maestro cruel y rigorista de que habla Periquillo era el que privaba en Nueva España, donde los doctores fundaban el sistema de educación en este pasaje de la Biblia tomado literalmente: «Castiga á tus hijos con manos de hierro» De aquí «la letra con sangre entra.»

El capítulo 3º tiene por objeto describir Periquillo en la tercer escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

El tercer maestro que tuvo Periquillo era bueno, enseñaba por medio de la razón y del cariño, y de esta manera nuestro héroe logró aprender medianamente las primeras letras.

No se crea que el preceptor de que habla Fernández Lizardi, en el capítulo 3º, sea un ente imaginario, y que al describirlo el autor mexicano se aparta del sistema realista; nada de ésto. En todos tiempos ha habido quien comprenda el modo conveniente de educar, y en prueba de ello Fernández Lizardi cita varios autores, pudiendo agregarse otros más, como Fenelón y Kant en su *Pedagogía*.

Respecto á la disputa que tuvieron los padres de Periquillo, sobre ponerle á oficio, vamos á copiar el principio de ella, según la escribió Fernández Lizardi, como muestra de sus diálogos agradables:

—«Decía mi madre á mi padre:—¿Mi hijo á oficio? no lo permita Dios. ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa?—¿Qué ha de decir! respondía mi padre; que D. Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á tu hijo, quiere proporcionarle algún arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso más, y ese arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa.—No, Señor, replicaba mi madre, toda electrizada; si usted quiere dar á Pedro algún oficio mecánico, atropellando su nacimiento, yo nó; pues, aunque pobre, me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo, corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis.

«Pero hija, decía mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcurnias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningún vínculo que afiance su subsistencia? —¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á V. bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor ó cosa

«semejante?—Si, mi alma, respondía mi padre con mucha «fema: me parece bueno y muy bueno que el niño noble «si es pobre y no tiene protección aprenda cualquiera ofi- «cio, por mecánico que sea, para que no ande mendigando «su alimento. Lo que me parece malo es que el niño noble «ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener «oficio ni beneficio. Me parece malo que para buscar que «comer ande de en juego en juego mirando donde se arastra «un muerto,<sup>1</sup> donde dibuja una apuesta, ó logra por favor «una *gurupiada*.<sup>2</sup> Me parece más malo que el niño noble «ande al medio día espiondo dónde van á comer para echar- «se, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón ó sinver- «güenza, porque los apóstoles solían ir á comer á las casas «ajenas después de convidados y rogados, y estos tunos «van sin que los conviden ni les rueguen; antes, á trueque «de llenar el estómago, son el hazmerreir de todos, sufren «mil desaires, y despues de tanto, permanecer más pega- «dos que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es nece- «sario echarlos con toda claridad. Esto sí me parece malo «en un noble, y me parece peor que todo lo dicho y malisi- «mo en extremo de la maldad imaginable que el joven ocio- «so, vicioso y pobre ande estafando á éste, petardeando á «aquél y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta «quitarse la máscara, dar en ladrón público y parar en un «suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú has oído decir «varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáve- «res de estos nobles, muertos á manos de verdugo en esta «plaza de México.»

Lo que refiere Fernández Lizardi respecto á la muerte que solían sufrir algunos mexicanos de la clase elevada, es cierto, y es una prueba de que nuestro novelista pintó fielmente las costumbres de su país.

Alamán asienta lo mismo substancialmente en la «Historia de la Guerra de Independencia», recordando que en México se decía este refrán: «El Padre mercader, el hijo ca- «ballero y el nieto pordiosero.»

En el punto de vista de las ciencias positivas el Pensador

1 Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

2 Llamán los jugadores *gurupió* al que ayuda al banquero, monteró, etc., á barajar, pagar las apuestas que ganan, recoger las que pierden, etc.

mexicano se adelanta (en el capítulo 3º) á las preocupacio- nes de su época, haciendo el elogio del trabajo y constan- cia, especialmente por la *Economía política* moderna, la cual ha demostrado que la riqueza pública y privada tienen por bases «la naturaleza, el capital y el trabajo.»

Algunos economistas han definido al hombre de esta manera: «El hombre es un animal que trabaja espontánea- «mente.»

Como muestras de los pocos galicismos que acostumbra Fernández Lizardi mencionaremos uno que se encuentra en el capítulo 3º—«golpe de vista.» (Consúltese el Diccionario galicismos de Baralt.)

En el capítulo 4º Periquillo dá razón del resultado que tuvo la conversación de sus padres, y fué que lo pusieron á estudiar.

No obstante los deseos del padre de Periquillo, triunfó la madre, aunque no con razones sino con el poderoso re- curso mugeril de ruegos y lágrimas, decidiéndose que el muchacho siguiera una carrera literaria. Con esta resolu- ción el nuevo estudiante, en el espacio de tres años, aprendió «muchas reglas dramaticales y poco latín.»

Los acontecimientos del capítulo 4º dan lugar á que el autor de la novela predique varios sermones, especialmen- te contra los maridos débiles que se dejan dominar por sus mujeres y contra los malos compañeros en la escuela.

Como ejemplo de los provincialismos admisibles que usa Fernández Lizardi, citaremos uno del capítulo 4º «—*Me has quinado*» dice el padre de Periquillo, significando— «me has molestado, perjudicado, vencido;» y decimos que ese provin- cialismo es admisible, porque se pone en boca de un mexicano que así acostumbra hablar.

En toda la obra que nos ocupa se usa *lo* en lugar de *le*, como adjetivo, y *cuyo* en acepción de relativo; nada de ésta es censurable, por las razones que hemos dado varias ve- ces respecto al uso de *lo*, en la primera parte de esta obra, y relativamente á *cuyo* (relativo) en el capítulo 2º de esta misma parte.

El capítulo V tiene por objeto contar Periquillo su en- trada al curso de artes, lo que aprendió, cómo sufrió su examen y de qué manera obtuvo el grado de bachiller.

Por *curso de artes* se entendía en tiempo de Periquillo filo-

sófia elemental, primer curso de matemáticas y nociones de física.

Con motivo de estos estudios Fernández Lizardi censura juiciosamente la pedantería escolástica de su época, y cuando refiere que Periquillo se expresa con gracia de este modo:

«Llegó, por fin, el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfacción, y quedé grandemente, así como en mi opinión á toda gramática; porque como los réplicas no pretendían lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solución menos nerviosa, y nosotros quedábamos más anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenían instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!»

«Ello es que así que asado, yo quedé perfectamente, ó á lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoro y retumbante título de *baccalaureo*, y quedé aprobado *ad omnia*. ¡Santo Dios! ¡Qué día fué aquél para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra, en medio de dos señores bedeles con masas al hombro me of llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó al menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenía entonces formado de la bachillería, que aseguro á ustedes que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo.»

Más adelante describe Periquillo la fiesta que se verificó en su casa para celebrar el grado de bachiller que había recibido, y ataca la costumbre, en una ó muchas naciones, de festejar todo comiendo y bebiendo.

En el capítulo que estamos examinando se encuentran algunos provincialismos, como *patarato*, de los que sí debió haber omitido el autor de la novela, porque no se ponen en boca de una persona determinada, sino que se usan en el relato general. *Patarato* en buen castellano es *farolón*, *farachendón*.

El capítulo VI tiene por objeto referir lo que pasó á Pe-

riquillo en una hacienda: he aquí lo más notable de ese capítulo.

Descripción exacta de lo que en las fincas rústicas de México se llama herradero, y es la costumbre de marcar los ganados con un hierro ardiendo; la marca sirve para indicar quién es el dueño del animal marcado.

Periquillo se encuentra en la hacienda con un gran tuante que había sido condiscípulo suyo, llamado *Januario*, quien aprovecha una oportunidad para que la concurrencia se burle del apodo que lleva.

En otro capítulo hemos visto un sermón contra la mala costumbre de poner apodos; ahora más de acuerdo con el genio de la novela, se pone en acción esa mala costumbre.

El mismo *Januario* vuelve á poner en ridículo á Periquillo, comprometiéndolo á que como *bachiller* ilustrado haga una explicación científica de los cometas; y Periquillo prorrumpe en vulgaridades.

Entonces toma la palabra un cura que se hallaba presente, y explica muy bien lo que son los cometas. Este incidente indica una verdad: que en tiempo de Periquillo la instrucción se hallaba radicada en la clase sacerdotal.

En el capítulo VII continúa la cuestión anterior, siendo uno de los más recargados de digresiones; comprende un elogio de las ciencias físicas y naturales; una invectiva contra la lid de toros; un sermón contra el espíritu de envidia y un epítome de astronomía.

Sin embargo, el elogio de las ciencias físicas y naturales es digno de alabanza en el tiempo en que privaban los estudios teóricos, especulativos, de poca ó ninguna utilidad práctica.

Ese elogio es una de las pruebas que pueden darse del espíritu adelantado á su época de Fernández Lizardi. Algunos trozos del elogio á que nos referimos deben leerse como muestra del estilo más elevado que se usa en la novela que vamos examinando.

En el mismo capítulo VII, D. Martín, dueño de la hacienda, habla en el lenguaje y estilo de la gente del campo; y es el caso en que los barbarismos y solecismos no son censurables.

En el cap. VIII acaba Periquillo de contar sus aventuras en la hacienda y después la vuelta á su casa. En este capítu-



tulo hay bastante acción y pocas disertaciones, como conviene al carácter de la novela, según hemos manifestado varias veces.

El chasco más pesado que llevó Periquillo en la hacienda fué que Januario le hizo creer en la cita amorosa de una joven á quien aquel se inclinaba, habiendo acudido á la cita una vieja, madre de la muchacha.

Vamos á copiar ese pasaje como ejemplo del realismo que domina en Periquillo:

—«Llegó la noche; cenamos, me acosté y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita, cuando á las horas prevenidas el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente se levantó y fué á despertarme diciéndome—Flojo, condenado, ¿qué haces? anda que son las once, y te estará esperando Poncianita.—Era mi sueño mayor que mi malicia, y así más de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando de frío y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que me tenía urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito; me acerqué á la cama donde yo pensaba que dormía la inocente niña; toqué la almohada, y cuando menos lo pensé me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me había dado, me decía que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito más recio que el mismo zapatazo. Entonces la buena vieja me afianzó de la camisa y sentándome junto á sí me dijo:—Cállese usted, mocoso atrevido; ¿qué venía á buscar aquí? ya sé sus gracias.

«Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja usted para los payos ordinarios y sin educación? Pícaro, indecente, osado que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto á sus buenos padres no hago que lo magen á paños mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el día haré que se lleve á usted á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.»

Esta aventura de Periquillo recuerda la cita nocturna de Maritornes con el arriero, en Don Quijote.

En el capítulo IX se lee una conversación de Periquillo con su Padre y otros sucesos.

El Padre de Periquillo le aconsejó que continuara sus estudios para clérigo, abogado ó médico, pues eran las profesiones más lucrativas en aquellos tiempos, especialmente la primera.

Periquillo consulta con Pelayo, un amigo suyo que seguía la carrera eclesiástica, y este opina porque aquél se dedique también á la iglesia, en virtud de que los clérigos eran muy respetados y considerados en México, á la vez que ganaban fácilmente el dinero, sin ser preciso para ello calentarse la cabeza con muchos estudios, bastando saber algo de latín y un poco de teología moral.

Esta conversación permite á Fernández Lizardi censurar la ignorancia y los vicios del bajo clero mexicano, aunque más adelante explica que habla en Nueva España muchos eclesiásticos sabios y virtuosos.

En el capítulo X concluye su instrucción el padre de Periquillo y éste se resuelve á estudiar teología, por no querer aprender un oficio.

Mas Periquillo, en lugar de ir á la cátedra de teología se dedica al juego, al vino, al baile y á las mujeres. Entonces su padre le amenaza con hacerle soldado ó artesano, y Periquillo se decide á entrar de fraile creyendo por los consejos de Pelayo, que iba á tener en el convento una vida cómoda y agradable.

En el capítulo XI se vé como Periquillo toma el hábito de religioso y se arrepiente luego.

Periquillo va, prácticamente, que la vida de los frailes mexicanos no era cómoda y regalona, como vulgarmente se suponía, sino por el contrario, llena de abnegación y contradicciones.

Todo ésto se refiere de un modo gracioso y bien colorido, pintando al natural las hambres que Periquillo pasó en el convento por el uso del ayuno, las malas noches á causa del lecho incómodo y los rezos á la madrugada y la fatiga por el trabajo de barrer, acarrear agua, etc.

El capítulo XII tiene por objeto tratar de los buenos y malos consejos, referir la muerte del padre de Periquillo y la salida de éste del convento.

En este capítulo XII se incluye una carta monitoria del

padre de Periquillo, cuyo lenguaje puede aceptarse sin censura, como propio del género epistolar y de la persona que lo usa.

No sucede lo mismo con algunas locuciones viciosas que se encuentran en otros lugares del capítulo, como decir *ojalá y*, en lugar de *ojalá que*.

En el capítulo XIII, trata Periquillo de quitarse el luto y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc.

Y en este mismo capítulo Fernández Lizardi se extravía haciendo una disertación histórica sobre los funerales y duelos entre los griegos y los romanos. En compensación pinta con donaire los fingimientos de pesar en los deudos de los difuntos, y critica con gracia algunos usos ridículos que se ven en los entierros y pésames.

En el capítulo XIV, censura Periquillo los bailes y hace una larga digresión hablando de la mala educación que dan muchos padres á sus hijos y de muchos hijos que apesadumbran á sus padres.

Este capítulo es pesado por la larga disertación que anuncia su título y otras que no se anuncian. Sin embargo, en el mismo capítulo y en el anterior, se describen con agrado los bailes de la clase media, en la época á que la novela se refiere.

\* \* \*

Comprobado ya, lo que nos proponíamos comprobar, respecto al Periquillo, analizando su primera parte, pasemos á hablar, aunque más brevemente, de las otras novelas del *Pensador Mexicano*.

*La Quijotita y su Prima ó La Educación de las Mujeres*, es como complemento del Periquillo, éste pinta los vicios y defectos de los hombres; aquélla se refiere á los del sexo femenino.

La *Quijotita* es una novela realista, una novela de costumbres mexicanas como *Periquillo*, de la misma idea en el fondo y de igual corte en la forma, de modo que lo dicho del Periquillo debe aplicarse á la Quijotita.

Sin embargo, en esta novela no desciende el autor á escenas sucias ni repugnantes; su lenguaje es más pulcro,

más escogido. En compensación, Periquillo es más animado, más variado, contiene más lances novelescos, es más chistoso. En una palabra, *Periquillo* es más ameno, más divertido; la *Quijotita* más seria, más grave.

*Don Catrín de la Fachenda* es el título de otra novela de Fernández Lizardi. *Catrín*, es una palabra que no se encuentra en el Diccionario de la Academia (del cual tenemos á la vista la 11ª edición), ni en otros diccionarios más amplios, como el *Enciclopédico de la lengua española*: es un provincialismo mexicano que significa *pisaverde*.

*Don Catrín de la Fachenda* tiene un fin moral como *El Periquillo* y la *Quijotita*. Se trata de un individuo que nació rico y noble y por ésto se creyó dispensado de trabajar; fué soldado, jugador, caballero de industria, y después de muchas aventuras murió pobre en un hospital.

He aquí el epitafio de *Don Catrín* que explica la moralidad de la novela:

«Aquí yace el mayor de los catrines,  
«El noble y esforzado caballero,  
«El que tiraba honores y dinero  
«En los cafés, tabernas y festines.  
«Jamás sus pensamientos fueron ruines  
«Ni quizo trabajar, ni ser portero;  
«Mas fué vago, ladrón y limosnero;  
«¡Bellos principios! ¡Excelentes fines!  
«Esta vez nos la echó sin despedida,  
«Dejándonos dudosos de su muerte;  
«Él mismo se mató, fué un homicida  
«Con su mal proceder . . . Lector advierte  
«Que el que como catrín pasa su vida  
«También como catrín tiene la muerte.»

Don Catrín es superior á Periquillo, porque su lenguaje es menos incorrecto y más decente; porque su realismo no llega á lo repugnante y bajo; porque su acción se haya más desahogada de digresiones.

Empero, Don Catrín de la Fachenda carece de la ingeniosidad, la frescura, la gracia, la animación y el movimiento que se encuentran muchas veces en Periquillo.

El último trabajo de Fernández Lizardi que especialmente mencionaremos aquí, es la obra intitulada *Noches Tristes*, imitación de las *Noches tégubres de Cadalso*.

He aquí el argumento y objeto de la novelita mexicana, según el autor mismo:—«La persona fatal ó desgraciada de la novela es un tal Fársilo, hombre virtuoso, cuya paciencia y constancia probó la Providencia durante cuatro noches. En la primera se ve calumniado y reducido á una cruel y horrorosa prisión. En la segunda que se intitula «*La pérdida en el bosque*, presencia el fin funesto de su criado, hombre criminal y blasfemo. El mismo se ve al borde del precipicio y escapa á favor de la espantosa luz de un rayo. En la tercera noche sufre un triste desvelo con la muerte de un infeliz en cuya casa se hospedó. En la cuarta y última, después de haberse perdido, se refugió en un cementerio, donde halla el cadáver de su infeliz mujer. «Este horrible encuentro lo hace desfallecer y rendirse bajo su peso. El sepulturero que lo acompaña lo lleva á su casa en la que, de vuelta en sí, logra el premio de su resignación cristiana. Tal es el asunto de estas *noches*, y fácil es concebir que su objeto moral no es otro que enseñar al lector á humillarse y á adorar en silencio los decretos de la alta y divina Providencia, asegurado de que ésta nada previene ni determina sino con relación á nuestro bien, «el que siempre está propenso y medido.»

Por nuestra parte sólo agregaremos que, en nuestro concepto, *Las Noches tristes*, no obstante su moralidad y tener regular forma, son de escaso interés y de poco atractivo literario de imaginación. *Las Noches tristes*, más que una novela pequeña, son un rasgo filosófico sobre materia muy tratada y conocida.

\* \* \*

Vamos á concluir el presente capítulo comunicando al lector algunas breves noticias sobre D. José Joaquín Fernández de Lizardi.

Nació en la ciudad de México, en el año de 1771, hijo de un médico, que se radicó en Tepozotlán, donde D. Joaquín aprendió las primeras letras. Después cursó en México latin, filosofía y teología.

Se ha dicho inexactamente que Fernández Lizardi fué jefe de una partida de insurgentes. A la entrada de Morelos en Tasco nuestro escritor era teniente de justicia y puso los partechos de guerra que allí existían á disposición del jefe mexicano, por lo cual fué llevado preso á México, aunque puesto inmediatamente en libertad, al disculparse con haber sido obligado por fuerza mayor.

Más adelante sufrió una prisión de varios meses, por un escrito que dirigió al virrey Venegas, pidiendo se revocara el Bando que ordenaba el desafuero de los eclesiásticos que tomaran partido con los insurgentes.

Todavía fué más ruidoso el lance que pasó al Pensador Mexicano con motivo de haber publicado un escrito en defensa de los masones; ese escrito dió lugar á que el autor fuese excomulgado por la autoridad eclesiástica y á que se defendiese con vigor, judicial y extrajudicialmente, terminando el asunto con que pidiera Fernández Lizardi la absolución eclesiástica, que le fué concedida.

En la parte primera de la presente obra y en este capítulo hemos tratado especialmente de los escritos más notables del Pensador Mexicano; y ahora tan sólo citaremos los de menos importancia en punto á crítica literaria:

Artículos sueltos y varios opúsculos sobre política, moral, costumbres y acontecimientos notables, como la peste de 1813. El calendario de 1816. Miscelánea con los títulos de *Alacena de frioleras. El Pensador Mexicano*. Un papel periódico sobre varias materias, pero especialmente políticas. —Defensa de los francasones de que ya hablamos. —Escritos satíricos en varias formas, unos en prosa y otros en verso, diálogos, letrillas, etc. Entre esos diálogos deben colocarse la *Conversaciones del payo y el sacristán*; algunas de esas conversaciones ocasionaron una viva polémica. Por uno de esos diálogos estuvo preso nuestro autor algunos días.

Fernández Lizardi murió en 1827.